

Rowena Hill
ocho poetas
Venezolanas

Arquitrave

8 poetas Venezolanas
© Rowena Hill
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Hernán Gómez
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Enriqueta Arvelo Larriva



Nació en 1886 en Barinitas, un pueblo pequeño al pie de los Andes, donde vivió (por un tiempo fue responsable de la oficina de correos) hasta 1948, año en que por razones familiares se mudó a Caracas; murió en 1962. Poemarios publicados: *El cristal nervioso*, 1930; *Voz aislada*, 1939; *Poemas de una pena*, 1941; *Mandato del canto*, 1946; *Poemas perseverantes*, 1960. *Antología poética (póstuma)*, 1976.

Seria la advenediza

Señor, no me des ya la dicha.
No sabría manejarla
y con ella iría cohibida
como una nueva rica.
Déjame ir tranquila,
sin las cosas, fútiles para otros,
que fueran tempestades en mi vida.
No me des nada...
Pero déjame intuirlo todo.
Deja sin aherrojar mi sentir,
deja que lo glose mi voz.
No me hagas nueva rica de la ventura.
Sería la advenediza sin elegancia.
Ya no sé aprender nada
y no quiero perder
mi gracia y mi aplomo de desheredada.

Destino

Un oscuro impulso incendió mis bosques
¿Quién me dejó sobre las cenizas?
Andaba el viento sin encuentros.
Emergían ecos mudos no sembrados.
Partieron el cielo pájaros sin nidos.
El último polvo nubló la frontera.
Inquieta y sumisa, me quedé en mi voz.

Instancia frente a una sabana amanecida

Sin compartimientos la sabana.
Un la un azul esponjoso, medio dormido.

El azul borró los pajonales y los árboles
y los desnudos trechos de suelo barroso
y los espejos falseadores
y el ensamble con el cielo.
Está sin compartimientos la sabana.
Háblame ahora, llano.
Llegará a mi raíz tu voz sin grietas.
Siento mis oídos más míos
cuando escuchan tu mundo.
Dime, llano, lo que en ti vaya más tierno.
Amanecí ansiosa de tu «última hora».
Llevas el alma desangrada y viva.
Estás derrotado y vivo.
Quiero oírte en tu azul englobante.
Háblame.
Sabré responder a la voz de todas tus voces
en la hora inocente.

Suma de la voz aislada

En el aire ancho y aromado ha ido sola mi voz.
En vano busqué ansiosa. Todas las voces se habían ido.
Ahuecaba mis manos y lanzaba mi voz.
Y salía a recogerla. Yo misma.
Qué dolor desolado, agrupadas voces,
el de no tener voz compañera.
En el ámbito soleado y ciego, en la zona sin voces,
sobre la grama desemandada,
he ido presente por caminos que no me oían.

Rio

Ramal viril de una empinada agua,
potente y libre en el descenso firme,

te palpo suave y siéntome en tu sangre.
Los dos hervimos en la calma tibia.
Adhiérome a tus pulsos caminantes.
Vuélvome hondura, remolinos, curvas,
la espuma de tus noches destrenzadas,
el golpe bramador de tu carrera.
Me enrumbo por tu curso y me lastimo
con las ceñosas piedras de tu origen.
Sufro el miedo y la saña de los peces.
Y al turbulento amor de tu contacto
lloro la humilde sed de tus orillas.
Me conduceas mordida al manso pozo
de rota flor y desterrada estrella.
Río mío, creador de mi aventura:
ennoblecerme hundida en tus pecados.

Canto

Canta la paraulata en lo extendido
y, dicho está, canta en los cuatro puntos.
Desde el aroma del guayabo, cúbrelos.
¡Cuánto logro plasmando el canto abierto!
Giros, tonos, imágenes,
lo nuestro, lo lejano, el claro libre,
un esparcido amor y el morir vivo.
¿Probará esta creación los cuatro punto?
Su arcilla es la sabana reflectora,
el formidable rayo de dulzura,
la forma simple en el olor mecida.

Caballo de fuego

Me acerqué a candelas de bosques intensos
y una chispa leve en mí escondió el viento.

La chispa me dio caballo de fuego.
Lo colmé espontanea de forraje nuevo.
Corría en mis venas, se paraba en seco.
El desgaritado le llamó mi acento.
Le busqué mimosa y abracé su cuello
si a ajustarle iba el bozal más recio.
Tornábalo adusto fogoso deseo.
Lo herraba mi mano con su calor tierno.
¡Caballo encendido, le grité en secreto,
no te puse sueltas y yo gusté el freno!
El caballo un día salió por mi aliento
y volvió cansado del hueco paseo.
El sol le tiñó el pajonal seco,
más él perseguía lo que hierve fresco:
borlas de verdor después de febrero,
con sol y garúa y quemado suelo.
Escarbaba fijo aquel casco terco.
Suave se movía mi almácigo eterno.
Vibro hoy sin sentirme jazmín ni lucero,
en el alma enhuesta un sabor terreno.
Libre del nevazo que sigue al incendio.
Disfrutando aroma sin daño de tedio.
A cálida hambre di forraje fresco.
Trepidante brío sembré de sosiego.
No muero en ceniza ni en dejado leño.
Y así me has tomado, amor de universo.

Ven por la tierra simple

¿Por dónde vendrás ahora, nevada y fina?
Si esconderme pudiera, me escondería.
No por ti, lisa muerte, sí por lo triste:
ancha fúnebre pompa o entierro humilde.
¿Quién fijó tus arreos? Le mataría.

Y yo no soy tu amiga ni tu enemiga.
No pide siemprevivas sin trayectoria
mi sed de girasoles y malvarrosas,
mi sed del alpinismo de la campánula,
y mi sed del nenúfar, porfiado nauta.
No quiero pena en negro, ni diurno cirio,
ni que gimian badajos de mis domingos.
No arribes por el agua ni por el aire.
Ven por la tierra simple para halagarme.
Picador desdeñoso de silla y freno
ha de llevarme firme sobre su aliento.

Marcas en el espacio

Un rebaño de manchas
o brochadas sin vínculo.
La mañana les fija.
Su derivo es la noche.
¿Servirá su color
para marcar mi polvo?
¿Será gama durable
o relámpago?

Situaciones de la espiga

1
Sol de comienzo canta en valle puro,
lucen azuleantes los verdores,
hay rompientes aromas.
El anhelar nace ligero y listo:
ave soltada, con gozosa hambre.
La espiga se destaca, amaneciente.
Asirla es el impulso vigoroso.

Asirla, con la mano latiendo entre las brisas.
Asirla sin recelo.
Está la espiga en valle de rocío.

2

El bosque sumergido en zumosa tinebla
cuartéase de almizcles frenéticos y densos.
La espiga está madura, madura e invisible.
Y la busca la sed de bravo viento,
la sazonada ansia.
La espiga está en el bosque de astros enterrados.
Y el anhelo no acierta entre mazos de sombra.

3

Huir, sobrellevando el desgajado impulso,
huir de lo medroso con el valor intacto,
huir ante los ojos que lloran lo quebrado.
Desde las crines del caballo muerto,
huir hacia las formas aéreas de las aguas
y ser infancia asida a la falda más tierna.
En un bloque de nubes afíncase la espiga.
Vibran gajos de ímpetu.

